

### **III Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B El Reinado de Dios**

Al comienzo del Evangelio de Marcos (Mc 1,14-20), éste presenta claves fundamentales para la lectura de su obra: "*Jesús fue predicando el Evangelio de Dios y diciendo: Se ha cumplido el plazo y se ha acercado el Reino de Dios; convertíos y creed en el Evangelio*" (Mc 1,14-15). La identidad de Jesús como Mesías e Hijo de Dios y su vinculación con el Reino de Dios constituyen el misterio del evangelio que Marcos pretende desentrañar y revelar como buena noticia para todo ser humano.

El mensaje inicial de Jesús tiene un doble contenido. Un anuncio y un mandato. Primeramente su predicación consiste en el anuncio de una realidad inminente y gratuita, la cercanía del Reino de Dios, cuya llegada próxima es un hecho irreversible y definitivo. En segundo lugar, su predicación insta a todos sus seguidores, tanto a los oyentes contemporáneos suyos como a los lectores del evangelio a lo largo de la historia, a la auténtica conversión, especificando que ésta consiste en un cambio de mentalidad para orientar la vida y la conducta según el Evangelio.

El anuncio del Reino, como don imparabile de parte de Dios, es una realidad viva y dinámica, que nada ni nadie puede detener. Su definitiva proximidad es una propuesta abierta y universal para que la humanidad participe en la salvación que Dios le ofrece. Pero no dice por ahora el evangelio qué es el Reino, ni dónde está, ni en qué consiste. En todo caso es algo que viene dado por Dios, pues se trata de una realidad que tiene en él su origen. Del contexto inmediato posterior se puede deducir que el Reino está vinculado a la actividad liberadora de Jesús, desarrollada sobre todo en Cafarnaún, en favor de los oprimidos y excluidos, de los enfermos y marginados y en abierta oposición a las instituciones religiosas de su tiempo. La autoridad de Jesús puesta al servicio del hombre anula el poder de los dirigentes de la sinagoga y antepone la atención al ser humano necesitado frente al respeto del día del sábado. Ese dinamismo liberador del hombre respecto a cualquier estructura opresora fue iniciado con la actuación de Jesús y es la fuerza imparabile del Reino de Dios, que, como una semilla diminuta, va creciendo y desarrollándose en la historia sin que nadie sepa cómo.

El mandato contenido en el mensaje de Jesús deja la puerta abierta para que toda persona pueda entrar en el dinamismo del Reino, que es como un torrente de vida nueva, capaz de conducir a la humanidad por los senderos de la justicia, de la fraternidad y de la paz. La llamada a la conversión conlleva principalmente un cambio de mentalidad, una visión nueva de la vida, del hombre y de la sociedad. El verbo griego subyacente refleja esa transformación total de la mente. Es la *metanoía* que implica creer en el evangelio como Buena Noticia. Pero la invitación que hace el texto de Mc 1,15 no es sólo a creer en Dios, sino a creer que la persona de Jesús, su mensaje y su obra de liberación, su misión profética conflictiva y su destino de muerte violenta e injusta constituyen paradójicamente la Buena Noticia de la salvación para los seres humanos, pues en la acogida de su palabra, en la

percepción de su presencia y en el seguimiento radical de sus pasos se vive ya el dinamismo del Reinado de Dios.

Pero el paso decisivo para convertirse en discípulo de Jesús y participar del Reino, no será otro que reconocer en él al Hijo de Dios, cuando, como el centurión (Mc 15,39) se contemple su muerte en la cruz. Sólo con esta reorientación de la mirada hacia Jesús en la cruz y, con él, hacia todas las víctimas de la injusticia y los sufrientes de este mundo se producirá en nosotros la auténtica *metanoia* o conversión que pide el Evangelio.

Este Jesús es el Evangelio. Esto es lo que debe comprender existencialmente su comunidad y, como se trata básicamente de un problema de conocimiento, se dirige a ella con la categoría discipulado. Presenta a los discípulos históricos de Jesús como tipo de los cristianos de su tiempo. La tarea básica de aquéllos consistió en conocer a Jesús, su mesianismo y su divinidad. Lo consiguieron con muchas dificultades. La comunidad debe aprender de ellos a conocer el auténtico Jesús y superar así sus problemas. La estrecha vinculación de los discípulos con Jesús constituye desde la primera página del evangelio una realidad primordial para el anuncio de la cercanía inminente del Reino de Dios y su presencia en esta tierra.

A la proclamación inicial de Jesús sigue el relato de la llamada a los primeros discípulos, en el cual se cuenta que Jesús, junto al lago de Galilea, vio a dos parejas de hermanos y los llamó para seguirle (Mc 1,16-20). La singularidad de esta llamada de Jesús tiene aspectos muy significativos que marcaron la importancia del discipulado inicial en su seguimiento radical de Jesús. Es Jesús quien tiene la iniciativa de llamar a aquellos discípulos, lo cual revela su enorme autoridad y la trascendencia de su misión, equiparable a la función de Dios en los relatos de vocación del Antiguo Testamento. Jesús llama a los que él quiere, pero se percibe en él un criterio de elección al escoger a personas capaces de ayudarlo en la misión de proclamar y hacer presente el reinado de Dios.

El hecho de que la vocación de los discípulos sea la primera acción de Jesús en orden a mostrar la cercanía del Reinado de Dios significa que Jesús quiso contar desde el principio y para siempre con un grupo de personas especialmente llamadas para compartir su mismo estilo de vida, marcado por la ruptura con todo tipo de lazos familiares y por una gran libertad en el comportamiento contracultural frente a los valores e instituciones dominantes. De aquel círculo más cercano a Jesús formaban parte, además de los Doce, Natanael, José y Matías (Hch 1,21-22), y algunas mujeres, que siguieron y sirvieron a Jesús (Lc 8,1-2 y Mc 15,40-41). Su testimonio sigue arrastrando hoy a muchas personas consagradas totalmente al servicio apasionado a Jesucristo y al Reino de Dios.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura.